

El signo del gorrión, nº 22, 2001.

La información y nuestro punto de vista sobre el mundo

Cristina Peñamarín

No es fácil para nosotros, formados en las representaciones actuales del mundo, comprender un mapamundi cristiano medieval. Mientras tratamos de reconocer en esas líneas aparentemente caprichosas, que representan la Tierra en un círculo plano, las formas de los continentes o los mares, nos adentramos en un mundo en que los accidentes geográficos se mezclan con los seres y entidades legendarios o bíblicos. O así los clasificamos nosotros, aunque entonces esos seres eran considerados tan reales como los ríos y las montañas. Como dice Milanesi, eran reales el Paraíso terrenal, sus muros de fuego o de diamante, su árbol de la ciencia, sus animales y fuentes, donde nacen los cuatro grandes ríos terrestres -cuyo itinerario, ciertamente, quedaba por precisar-; el arca de Noé en la falda del monte Ararat o las puertas de Alejandro que contenían a los feroces pueblos de Gog y Magog, futuros aliados del Anticristo en el fin de los tiempos (M. Milanesi, "Terra incognita", en *Hic sunt leones. Geografia fantastica e viaggi straordinari*. Milano, Electra, 1983).

Una idea del mundo, la medieval, que se desentiende de los conocimientos de los geógrafos griegos. Se "olvidó", como dicen los historiadores, que los griegos, desde Pitágoras e incluyendo a Aristóteles, ya habían concebido La Tierra como una esfera y que en el siglo II d.c., Tolomeo describió en su *Geographia* el mundo conocido hasta más allá del Ganges. En esta descripción, y el probable mapa que la acompañaba - que incorporaba las informaciones de viajeros de siglos anteriores, como Piteas, Scylax y Alejandro, y los conocimientos de astrónomos y matemáticos como Eratóstenes- las tierras estaban ubicadas por referencia a los paralelos y meridianos que hoy seguimos utilizando para situar cada punto del globo respecto a esas coordenadas de un sistema abstracto, científico, que permitió traducir a una

representación plana y consistente los conocimientos prácticos sobre el territorio.

Comprender cualquier mapa implica comprender una traducción de las observaciones sobre un territorio y de conocimientos sobre el espacio a una representación, lo que, a su vez, supone entender la relación de los habitantes con el espacio, su conocimiento y comprensión del mundo y sus técnicas y códigos de representación. Hay que suponer que lo mismo ocurra con los mapas actuales, por ejemplo los globos terráqueos que giran siempre en las pantallas de televisión en la presentación de cualquiera de sus programas informativos, y con esos mismos espacios informativos, que podemos entender como una especie de mapa del presente del mundo.

Pero los mapas actuales no hacen suposiciones sobre la forma de territorios desconocidos, cuya misma existencia era en otros tiempos una conjetura, pues hoy prácticamente todo el mundo es conocido y sofisticados instrumentos ópticos captan desde satélites imágenes exactas de cualesquiera puntos de nuestro planeta. Nos imaginamos, pues, libres de supersituciones, observadores objetivos plenamente capaces de liberar la realidad observable de nuestras aspiraciones e ilusiones. Pero cada tiempo y cada mundo proyecta sus propias asunciones sobre sus formas de conocimiento y de olvido. El olvido es un valioso indicio del rumbo que toma en un determinado ámbito el conocimiento y de la sombra que crea su definición de la verdad. En nuestros días, entre otras formas de olvido, se proyecta oscuridad por el procedimiento de segregar el saber en áreas especializadas y en campos de discurso destinados a distintas audiencias y a diferentes modos de recepción. Los conocimientos están separados por áreas de pertinencia que son barreras de ignorancia para todo lo que en cada una de ellas no cabe.

Toda representación, incluso la fotográfica, que capta el reflejo de la luz en los objetos como lo captaría el ojo humano -o mucho mejor hoy que ningún ojo- ha de poseer al menos una perspectiva. Aunque no implique la elaboración humana, la imagen no puede carecer de punto

de vista, de enfoque que encuadra y hace pertinente algo del objeto. Sin embargo, los medios actuales pueden darnos múltiples, casi cualesquiera, perspectivas: de la visión extraterrestre del globo terráqueo al primer plano de los rostros de quienes acaban de sufrir una desgracia en casi cualquier lugar de la tierra; de las imágenes del cosmos captadas por un satélite a años luz de la Tierra a la vida en el interior de la más profunda fosa submarina o del tejido orgánico sólo accesible a los microscopios electrónicos. Una multiplicidad de puntos de vista que quizá contribuye a desubicarnos y que los medios utilizan para explorar las posibilidades de conocimiento, placer y fascinación que caben en la visión.

¿Cómo se configura hoy el conocimiento del mundo en el ámbito de lo público, de aquello que interesa a todos y requiere que todos sepamos a qué atenernos para demandar unas políticas u otras? En el actual contexto mundializado somos interdependientes. La globalización requiere un debate público sobre la organización de la sociedad mundial y sobre su comprensión. Un debate que sólo puede realizarse en la arena de los medios de comunicación, donde se genera y difunde la información que como ciudadanos no especializados poseemos de todo aquello acerca de lo cual no tenemos experiencia directa.

El conocimiento de los estudiosos de ciencias sociales sobre las interdependencias crecientes a nivel mundial, obviamente mucho más completo y detallado que el que pueden obtener los públicos de los medios, ha llevado a muchos de ellos a realizar diagnósticos coincidentes en algunos rasgos básicos. La economía informacional global, señala Manuel Castells, muestra una clara tendencia a aumentar la desigualdad y la polarización social. En todos los continentes se hallarán espacios conectados con la información y la economía globales y espacios desconectados, carentes de valor y de recursos, en los que la exclusión social y laboral se acercará progresivamente a los límites de la supervivencia (M. Castells "Entender nuestro mundo", *Revista de Occidente*, 205, 1998). Se ensancha la brecha entre las rentas, sostiene U. Beck. Las rentas decrecientes del

trabajo y las rentas crecientes del capital generan una escisión en aumento entre el mundo de los ricos y el de los pobres en el interior de cada país y entre los diferentes países (U. Beck, *Qué es la globalización*, Barcelona, Paidós, 1998, págs: 208-209).

Pese a lo desalentador del diagnóstico, hay varias consideraciones que alejan a estos estudiosos del determinismo y del pesimismo radical. Castells cree que cabe esperar cambios profundos del propio dinamismo de las redes informacionales interconectadas que generan riqueza, poder y la capacidad de creación de códigos culturales, los cuales detentan un poder a la vez real e inmaterial, capaz de impulsar cambios en las conductas, así como nuevos líderes y políticas públicas. Para Beck, una de las mayores respuestas a la globalización consiste en construir y reconstruir la sociedad del saber y la cultura. Los individuos expresan sus protestas de manera simbólica, a través de los medios de comunicación, por lo que las preguntas decisivas son ahora, para este autor, ¿quién domina los símbolos? ¿quién encuentra o inventa los símbolos que, por un lado, ponen de manifiesto el carácter estructural del problema y, por el otro, lo tornan capaz de acción?, y ¿cómo se consigue?. La otra gran cuestión es si en las sociedades civiles y en el ámbito de la política pública de regímenes que se mueven en los grandes espacios puede surgir la *conciencia* de una necesaria solidarización cosmopolita (Beck, id: 107, 154).

Estos estudiosos establecen conexiones entre aspectos sociales, económicos, tecnológicos, etc. de la realidad; entre el pasado y el presente y entre éste y el futuro. Seleccionando y conectando lo que consideran pertinente introducen una perspectiva en la visión del mundo y adoptan una posición como sujetos de conocimiento y como sujetos éticos. Además de compartir una perspectiva globalizadora y crítica, ambos coinciden en poner ciertas expectativas de cambio en la dimensión simbólica de la comunicación, interviniendo en la cual, piensan, se puede esperar que las poblaciones comprendan y promuevan otras políticas. Contrastar las imágenes mediáticas con estas imágenes más densas y críticas nos permitirá concebir no una

objetividad del conocimiento, sino las diferentes formas de observar el mundo y de situarse al respecto, de introducir al observador como configurador del espacio observado.

Resulta evidente el lugar central que ocupan los medios de comunicación tanto en el aportar y conformar la información necesaria para la comprensión de las dinámicas globales, como en la producción y difusión de imágenes y discursos en los que se sustenta la reproducción y la transformación del orden simbólico. Como toda la comunicación en la sociedad de mercado, los espacios y géneros informativos cuentan con el público y compiten por su atención y su fidelidad. El interés por atraer cuanto sea posible a los espectadores rige la selección de lo que será convertido en noticia, pues son los públicos, las cuotas de audiencia, la mercancía final que los medios venden a los anunciantes o promotores. La información ha de ser, pues, tan atractiva y espectacular como sea posible. Sin embargo, es también cierto que los públicos esperan obtener de los espacios informativos conocimientos relevantes para comprender su mundo y participar como ciudadanos racionales en las decisiones sobre lo que les afecta. Por ello dice Murdock ("Communication and the constitution of Modernity", *Media, Culture and Society*, 15, 1993) que los públicos son tratados simultáneamente como ciudadanos racionales y como consumidores irracionales (o "multitudes psicológicas"). De hecho, no podrían ser ciudadanos en un sistema democrático sin el derecho a la información que les permita conocer y comprender las diferentes dimensiones de sus mundos de vida. Pero sabemos que el razonar del ciudadano está también orientado por sus emociones e intereses, a menudo comunes a una vasta multitud con la que comparte una perspectiva sobre ciertos asuntos.

Antes de avanzar en este intento de caracterización de la información mediática, particularmente centrada en la televisiva -a gran distancia, la más popular-, hay que decir algo sobre la actividad de las audiencias. Los medios, como dice Wolf ("Las influencias discretas", *Cuadernos de Información y Comunicación*, 3, Madrid, Universidad

Complutense, 1997), forman parte integrante de la escena social y al tiempo la definen, reproduciendo y estableciendo los criterios de visibilidad y relevancia social de los fenómenos colectivos. Sin embargo, hay que tener en cuenta que también la escuela, el púlpito, los medios minoritarios, los espacios marginales de los grandes medios, y, sobre todo, las relaciones informales, hacen circular saber y discursos que contribuyen a la formación de la enciclopedia de los habitantes de un mundo complejo, de los que sabemos que no se limitan a asimilar pasivamente lo que reciben, sino que seleccionan e interpretan activamente los textos desde sus particulares culturas, contextos e intereses. El caso de la información sobre el mundo actual tiene la especial característica de que, salvo una minoría reducida prácticamente a los estudiosos y especialistas, las audiencias carecen de otras fuentes de información que les permitan contrastar la emitida por los grandes medios. Dado que la selección que realizan los varios medios al alcance del público de los asuntos con los que compondrán la agenda de la actualidad, es muy similar, hay que reconocer que los públicos dependen de estos medios para saber algo sobre esos asuntos y formarse una opinión.

Más que un mapa, la información mediática nos da, día a día, una secuencia en la que las noticias se sirven de claves que los seguidores de la información conocen, continúan historias antes empezadas y crean expectativas sobre el desarrollo de acontecimientos cuyo devenir está abierto (de hecho, afirma Ellis, nos acostumbran a vivir con la incertidumbre del acontecer abierto). Pero lo hacen siempre desde la prioridad de la novedad, el corto plazo, el dramatismo y la espectacularidad. La información ilumina ciertos asuntos y lugares del globo, presentados con un breve relato que los enmarca, y los hace desaparecer, generalmente tan abiertos e irresueltos como estaban, tan pronto otro asunto cumpla mejor los requisitos de lo noticiable. Esto es cierto sobre todo para cuanto ocurre lejos de "nosotros", porque sobre nuestros asuntos, gobierno y polémicas, los espacios informativos confeccionan un telón de fondo de "lo que interesa" mucho más denso.

Como dice G. Abril (*Teoría general de la información*, Madrid, Cátedra, 1997: 285), los medios, además de reducir y organizar la complejidad, fundan y regulan el debate social, proporcionando horizontes comunes de referencia y temas de relevancia ya enmarcados como ficción o realidad; individuales o colectivos; triviales o trascendentes; políticos, económicos, culturales; accidentales o estructurales; centrales o periféricos, etc.

Pero estos mínimos marcos no permiten articular una comprensión de los procesos implicados. Wolf sostiene que la velocidad a la que son presentadas estas informaciones, así como la lógica de la espectacularidad y la novedad a que obedecen, produce asincronías entre el tiempo de la información y el tiempo que precisan el conocimiento y la reflexión sobre problemas sociales y sobre posibles soluciones (M. Wolf, id. :245). Murdock, por su parte, indica que la información mediática no permite conectar lo particular con lo general, ni proporciona marcos de interpretación que señalen vínculos, pautas y procesos y sugieran explicaciones. Según este autor, además, el carácter visual de la información televisiva es incompatible con la reflexión racional. "Nuestros modelos establecidos de esfera pública están firmemente enraizados en el compromiso con la argumentación racional. Pero las imágenes no caminan en líneas rectas ni esperan su turno. Trabajan por asociación, detonando una colisión de connotaciones. Persuaden por simultaneidad, no secuencialmente. Esto crea una tensión permanente entre los placeres de la imagen y los pliegues de la memoria y la identidad que activa y la búsqueda de explicaciones, que tiene en cuenta las circunstancias y el poder" (G. Murdock "Rights and representations: public discourse and cultural citizenship", J. Gripsrud (ed.) *Television and common knowledge*, London, Routledge, 1999:14).

Esta es, sin duda, una cuestión central. ¿Hemos de aceptar la opacidad como una condición estructural de la información mediática, enraizada en una contradicción supuestamente insalvable entre la persecución de la novedad y la espectacularidad y las necesidades, muy

diferentes, de la comprensión de lo complejo?. ¿Tenemos que aceptar también que las imágenes son constitucionalmente incapaces de contribuir a la comprensión de los fenómenos complejos?. Esta reflexión exige considerar los recursos con los que cuenta este género y su posible utilización en otros modos que pudieran permitir acceder a un conocimiento más comprensivo de nuestro mundo.

El formato de la información televisiva combina los recursos de la inmersión y la distancia. El microrrelato verbal que ilumina ciertos asuntos es acompañado de "imágenes salvajes de un mundo salvaje", como dice Ellis, que señala que es en estos espacios donde vemos imágenes mal iluminadas y encuadradas, "en bruto", que se justifican por su valor presencial y que contrastan con la controlada realización de las imágenes de estudio del presentador o presentadora (J. Ellis "Television as working-through", J. Gripsrud (ed.) *Television and common knowledge*, London, Routledge, 1999:55). El lenguaje "neutral" de la crónica periodística y su discurso objetivo, distanciado, dan paso a las hablas particulares de las personas filmadas, a los lenguajes de la calle y a los discursos subjetivos o sectoriales del cine, de las artes etc. Las jergas especializadas de la política o la judicatura y los lenguajes técnicos de los expertos y científicos son recursos infaltables en estos espacios, a pesar de su carácter restringido que excluye de la comprensión a muchos espectadores. Su persistencia en espacios que aspiran a ganar la máxima audiencia, pese a su escaso valor comunicativo, se explica por su supuesta neutralidad y discutibilidad, porque creemos garantizan el acceso público a la verdad y hacen posible la controversia.

La continuidad de la voz y el rostro del locutor/a es una continuidad estática, sin evolución interna, una presentación ritualizada en la que el busto parlante actúa como portavoz de una autoría impersonal cuya función consiste en engarzar las piezas del "magazine" informativo en una cadena que aparentemente no va a ninguna parte y que carece de sujeto global. Esta tensión entre el estatismo de las imágenes de los locutores en el estudio y el dinamismo

de las filmaciones "sobre el terreno" se corresponde con otro contraste propio del formato de este género: la previsibilidad de las imágenes de la gestión y la celebración política -ruedas de prensa, declaraciones oficiales, aniversarios, conmemoraciones, etc., siempre similares entre sí- con el impacto de lo imprevisible, de las imágenes de catástrofes, accidentes, atentados, etc.; la novedad del último suceso sorprendente con la familiaridad de las figuras y temas estelares recurrentes en la información.

Estos asuntos y personajes constante y monótonamente reiterados indican que la información responde también a otros intereses que los de la novedad y espectacularidad: los de conformar nuestro centro simbólico y el punto de vista supuestamente compartido desde el que se definen lo próximo y lo distante, lo propio y lo ajeno. Al igual que los mapas cristianos medievales realizados en Mallorca o en París situaban a Jerusalén en el centro del mundo, o los musulmanes lo hacían con La Meca, no es sólo "nuestro" país y sus asuntos los que ocupan el espacio y el tiempo privilegiados en la información mediática -mientras de lo "distante" se nos proporcionan sólo imágenes exóticas y terribles-, EEUU, sus dirigentes y sus personajes populares se encuentran igualmente en el corazón de nuestro mundo. La permanencia de estos espacios da cuenta de la estabilidad de nuestro centro simbólico, desde el cual se configura la selección y presentación de los asuntos que compondrán la opinión pública.

La distancia respecto de las regiones simbólicamente alejadas de nosotros se manifiesta en la parquedad y la escasa contextualización de la información sobre esos lugares, pero la emotividad de esas informaciones e imágenes que nos sumergen en el primer plano del sufrimiento humano parece desmentir esa calificación de distancia. Sin embargo, este contraste está presente en el tipo de relación que como habitantes del mundo rico establecemos con las dificultades del Tercer Mundo. Si bien es sabido que el actual orden mundial es injusto, no se propugnan reflexiones públicas y estrategias políticas centradas en el carácter estructural del problema, sino "intervenciones humanitarias"

que, como mucho, pueden ser un paliativo de las situaciones de necesidad o penuria extremas. Reaccionamos, en el mejor de los casos, como seres humanos que se sienten personalmente conmovidos e impulsados por una ética igualmente individual del "debo hacer algo", más que como sujetos políticos racionales capaces de pensar en estrategias que aborden el carácter estructural de la desigualdad.

Uno de los autores que hacen relevante la cuestión de la desigualdad en la discusión sobre los paradigmas teóricos desde los que pensamos nuestra realidad es Terry Eagleton, que escribe: "Casi todo el mundo, excepto los entusiastas del libre mercado, siente que una sociedad en la que una pequeña minoría es monstruosamente rica mientras la gran mayoría vive vidas de angustiosa pobreza es injusta. En otras palabras, casi todo el mundo siente que el tipo de orden social global que tenemos actualmente es injusto; lo que ocurre es que la mayoría de ellos no reconoce el orden global actual bajo esa descripción, o lo reconoce pero se imagina que va a mejorar, o que es de algún modo inevitable" (T. Eagleton, "Five types of identity and difference", D. Bennett (ed.), *Multicultural States*, London, Routledge, 1998: 48). Este autor se asienta en la evidencia de un sentimiento de injusticia que no puede no ser compartido, para desde esa incontrovertible posición exponer conjeturas sobre por qué no es en absoluto algo que se tenga en cuenta, si es que se reconoce, o no es incluso reconocible.

La torcida construcción del párrafo expresa la dificultad de referirse a esa contradicción. El personaje colectivo, casi el más colectivo que pueda haber, "casi todo el mundo" (*almost everybody, almost everyone*), percibe el orden social global en el que vivimos como injusto. Pero la mayoría de esos "everybody" no reconoce el orden que vivimos bajo esa descripción. ¿Una evidencia monstruosa -el adjetivo asoma discretamente al comienzo del párrafo- con la que convivimos diariamente? ¿O quizá la forma de hacerlo vivible consiste en no reconocer esa descripción, pues no es esa la descripción pertinente en los medios a los que estamos habituados?.

Sobre la cuestión de la responsabilidad que cabe a las imágenes en la configuración de la información, hay que decir que lejos de ser incompatible con el razonamiento y la discusión racional, la imagen ha realizado inmensas contribuciones al avance del conocimiento. Estudios recientes han puesto de manifiesto la transformación que supuso la escritura como "visualización" de la palabra, que permitió el nacimiento del pensamiento abstracto -al consentir que el saber humano quedara inscrito de forma inmutable, a partir de lo cual se podían realizar comparaciones, superposiciones de conocimientos y contrastes, es decir, abstracciones.

B. Latour estudia la función de visualizaciones tales como los cuadros sinópticos, tablas, diagramas, mapas que combinan diferentes tipos de información, etc. en la formación y desarrollo del conocimiento y las ciencias modernas, como artefactos que permiten superponer informaciones de orígenes y escalas muy diferentes y así abordar lo diverso desde un marco unificado que lo hace manejable. Según Latour, la mayor parte de lo que llamamos "estructura", "modelo", "teoría" o "abstracción" son consecuencias de esas superposiciones -que la geometría, el lenguaje matemático unificado y las técnicas e instituciones de reproducción y archivo han hecho posibles. En cuanto a la economía, Latour observa que es imposible hablar de la economía de una nación echando "la" un vistazo. El "la" es absolutamente invisible a no ser que multitud de encuestadores e inspectores rellenen largos cuestionarios, que las respuestas se recojan en fichas, se procesen por ordenador y se analicen. Sólo al final de ese proceso la economía se hace visible a través de montones de tablas y listados, que, tras volver a dibujar y a extraer, permiten lograr unos pocos diagramas precisos que muestren el Producto Nacional Bruto o la balanza de pagos (B. Latour "Visualización y cognición", *La Balsa de La Medusa*, 45-46, 1998:99).

Los periódicos de hoy contienen numeroso cuadros sinópticos, tablas, gráficas comparativas y mapas que superponen varias informaciones, pero es preciso observar con atención qué tipo de visualizaciones son éstas y a qué se dedican. Los temas a los que se

refieren son muy variados -si bien abundan sobre todo tras una consulta electoral, en la que los mapas de la distribución de los votos y las gráficas comparativas de los aumentos y disminuciones relativos en los escaños de los varios partidos nos presentan muy claras visualizaciones del reparto del poder político. En todas las secciones, aunque especialmente en las de economía, se encuentran gráficos y diagramas que permiten relacionar diferentes conocimientos y hacer prospecciones y propuestas políticas a partir de esas síntesis visuales.

Los espacios de información televisiva ofrecen muchos menos mapas, esquemas o gráficos que combinen varios tipos de información y proporcionen una visualización que permita relacionarlos entre sí y enmarcarlos en un esquema general -salvo los infaltables mapas meteorológicos y los que muestran los resultados electorales. Sin embargo, recientemente se han incorporado a estos espacios espectaculares visualizaciones animadas de exploraciones espaciales o de hallazgos científicos en biología, genética, climatología, etc., a las que también son muy aficionados los periódicos. A tal punto son atractivas estas presentaciones del conocimiento científico y abren de tal manera la imaginación visual a la comprensión que cabe preguntarse si no es debido al interés y el placer que procuran estas imágenes, mas que a lo contenido en ellas, a lo que se debe el que hayan aumentado tanto en los medios, incluida la televisión.

En fin, resulta evidente que estas visualizaciones capaces de poner en relación diferentes tipos de saber desde una misma perspectiva y de hacer lo complejo perceptible y comprensible de una ojeada no son extrañas al lenguaje de los géneros informativos, que incorpora cuantos hallazgos expresivos puedan resultar atractivos para las audiencias. Pero los medios actuales no dejan, por lo general, de eludir ciertas conexiones. "Olvidan" precisamente aquellas que podrían permitir a las audiencias comprender su relación con el orden global, como puede ser la comparación entre la riqueza de los países y el número y dirección de los migrantes; o la evolución de la riqueza relativa de los diferentes países y áreas del globo, por poner dos

ejemplos del tipo de cuestiones a que aluden los estudiosos de ciencias sociales que he mencionado y que les sirven como índices básicos para el diagnóstico del que consideran un aspecto central del mundo actual. Por el contrario, los medios de comunicación tratan, en todos los casos, la inmigración en un marco simbólico de contraposición nosotros-ellos que refuerza los aspectos emocionales del temor, la autosatisfacción, la indignación y la compasión.

La homogeneidad de las metáforas dominantes en el tratamiento de la inmigración en los medios de diferentes países europeos de acogida (como muestra un estudio de T. A. van Dijk -*Racismo y análisis crítico de los medios*, Barcelona, Paidós, 1997) responde quizá a algo más que una aséptica y neutral lógica mediática de espectacularización, impacto, etc. Se enmarca en los sistemas simbólicos dominantes en esos países -donde son prácticamente imperceptibles los sectores que abordan las migraciones como un fenómeno derivado de la desigualdad estructural. Unos marcos de sentido que dejan en la sombra cuestiones tales como los intereses nunca explicitados ni debatidos de las poblaciones de esos países de acogida, entre ellos el nuestro, en el mantenimiento del actual reparto de la riqueza. La sistemática omisión de cualquier visualización de la dimensión estructural de la desigualdad económica mundial apunta en el mismo sentido.

La inestabilidad del mundo es presentada en el marco, extraordinariamente estable, del formato de los programas informativos, donde los estáticos bustos parlantes no dejan de cerrar la actualidad con un final artístico, enternecedor o curioso, animoso y feliz. Pese al desorden del mundo, nada afectará la permanencia de nuestros rituales cotidianos y de las instituciones fundamentales de nuestro sólido centro simbólico. Pensar en un cambio en la actual tendencia a la acentuación del desequilibrio mundial implica redefinir el derecho a la información desde las actuales necesidades de comprensión de la complejidad del mundo y desde las posibilidades de nuestros instrumentos de conocimiento y persuasión.